

## INFORMACIONES

### EN MEMORIA DE MANUEL MINDÁN

#### Testimonio de un siglo

FRANCISCO PÉREZ LÓPEZ

Instituto de Filosofía-CSIC

Finalmente, a punto de cumplir 104 años, Mindán se nos ha ido. Su lúcida y admirable longevidad había creado ya en nosotros la costumbre de atribuirle cierta supervivencia indefinida, aunque la naturaleza, como es obvio, no estuviera dispuesta a permitirlo. Desde hace mucho tiempo veníamos oyendo sus quejas de oscuras señales orgánicas que le revelaban la proximidad del fin, y hasta le vimos plagado de sufrimientos en su último mes, a consecuencia de una mala caída que le dejó en estado lastimoso. Pero nunca dejamos de confiar en que superaría todos esos trances, como antes había superado otros, acaso objetivamente más graves. Verbigracia, aquel del año 2002, que le llevó a una alarmante hospitalización en vísperas de su centenario y del que salió con asombrosa rapidez hasta el punto de arriesgarse a protagonizar los festejos que con tal motivo le había preparado su querida patria chica, Calanda, en los cuales tuvo papel estelar, con baño de multitudes incluido. Su probada solidez —corporal y anímica— unida a su *rasmia* aragonesa, su proverbial entereza, le otorgaban ante nuestros ojos atributos propios del fénix. Por eso hoy sentimos tanto su falta, incluso físicamente, a la

manera de un entrañable hábito quebrantado.

La vida de Mindán fue rica en lances y facetas, como lo acredita, sin más, su rocambolesca peripecia en el Madrid de la Guerra Civil, donde sobrevivió adoptando los más insospechados roles y caracterizaciones. O la singular amistad con su paisano Luis Buñuel, arraigada sobre complicidades de la niñez que allanaban las inmensas divergencias en ideología y trayectoria de vida; conmueve pensar que Mindán era una de esas escasísimas personas a las que el cineasta toleró un trato entre admonitorio y socarrón las pocas veces que sus caminos de adultos se cruzaron.

O también su especial empeño por rematar los estudios de filosofía acudiendo a la brillante Facultad de Madrid, en la que ganó el respeto de Ortega y el aprecio de Morente, aprecio que se prolongó en vida de éste durante la inmediata posguerra. El de Gaos ya lo había conquistado mucho antes, al iniciar los estudios civiles en Zaragoza, donde Gaos le dejó propuesto como sucesor suyo en la docencia; dos décadas más tarde, desde su exilio mexicano, Gaos refrendó por escrito tal aprecio ensalzando a Mindán sobre los

otros profesores universitarios, alabanza que despertó más de una susceptibilidad y acaso tuvo algo que ver con su salida de la Facultad poco tiempo después (aunque Mindán, con encomiable caballerosidad, siempre negó en privado que estuviese ahí el factor determinante de la salida, es más, siempre negó que su marcha hubiera sido provocada por los colegas).

O lo acredita, asimismo, la infinidad de lances que le brindó su papel de testigo privilegiado de nuestro siglo xx, sobre todo en lo que atañe al gremio de la filosofía, de cuya historia e intrahistoria quizá haya sido el mejor conocedor. No me resistiré a consignar aquí una anécdota relativa a D. Miguel de Unamuno, que Mindán nunca quiso explotar pese a su notable envidia y de hecho no la menciona en sus escritos de memorias. Ambos coincidieron en Santander durante un curso de verano, a lo largo del cual tuvieron asiduas y amigables conversaciones. En la visita que un día celebraron a cierto claustro, donde un pozo con ecos cuasi-mágicos devolvía netamente las palabras de quien lo interpelase desde el brocal, Unamuno fue instado a que probara por sí mismo tal maravilla. Se dignó hacerlo asomándose al pozo y profiriendo bien alto esta muy reveladora voz: «¡Yoooo!».

Un paso más hará que nos adentremos en el ámbito de la etopeya, del retrato moral, porque destacaremos una importante faceta que no pertenece al orden de las simples anécdotas sino que ilustra sobre su manera de ser y su peculiar generosidad. Se trata de la indestructible disposición para ayudar al joven que comienza y, sobre todo, para tender su mano al represaliado y al relegado, fueran o no jóvenes. El rosario de hechos que cabría aducir en esta sección resulta tan interminable que nos ceñiremos a mencionar tres o cuatro muestras de meridiana claridad.

El respetado intelectual Julián Marías, antaño compañero suyo de curso, pudo salir de la cárcel —en la que ingresó poco después de concluir la Guerra Civil víctima de denuncias y depuraciones— gracias a la diligencia de Mindán y al aval que éste, junto con aquel tierno falangista que fue Salvador Lissarrague, le prestaron intrépidamente ante las autoridades judiciales; dicho sea de paso, sin especial reconocimiento ulterior por parte de Marías, aunque en vano intentamos arrancar de Mindán el menor reproche al respecto durante las múltiples conversaciones en que, sin duda con cierto morbo, le evocábamos el episodio: llegado ese caso, Mindán se agazapaba en una inexpresiva frialdad y evitaba rígidamente toda clase de juicios morales... que nosotros obviamente sí aventurábamos.

Quizá más heroico —por su mayor riesgo— fue el aval que Mindán prestó a otro represaliado de la posguerra, Ángel Gaos, hermano de José Gaos y comunista reconocido, aunque bajo el dudoso cartel de «comunista ético» que despectivamente le llegaron a otorgar sus congéneres. En este caso, además de que el avalado había obtenido la libertad provisional, Mindán se responsabilizó personalmente de que no huiría para eludir los cargos. La huida, de todos modos, pronto llegó a ser necesidad imperiosa para Gaos, toda vez que ya su familia se encontraba desamparada en México. Es justo reconocer que Gaos tuvo la grandeza de mostrar su angustia a Mindán sin haber tomado la decisión de huir, por miedo a las consecuencias que pudiera acarrear al fiador, pero mayor aún fue la grandeza de Mindán cuando le animó a que se reuniese con su familia sin reparar en las consecuencias, siendo así que en semejante momento él mismo ignoraba cuáles podrían ser y cómo afrontarlas.

No fueron infrecuentes en Mindán gestos de esa índole, no todos con el riesgo

y el eco de los citados. Andando mucho el tiempo, por ejemplo, tuvo ocasión de repetirlos en orden de cosas muy distinto. Sucedió en unas bien sonadas oposiciones a cátedras de Instituto, otoño de 1958, a las que concurría lo más granado de la juventud filosófica española, tras un largo compás de espera sin oportunidades de colocación. Mindán era miembro del tribunal, menester que desempeñó infinidad de veces en su larga trayectoria académica. Cierta lumbre pública de nuestra actual Filosofía —permítaseme ahora omitir el nombre— corría el peligro de resultar excluido en las tensas deliberaciones del tribunal, durante las cuales fue objeto de duras críticas entre las que se mezcló el reproche de ateísmo. Mindán se irguió, esgrimiendo su condición de sacerdote, para avalar al réprobo y neutralizar el sambenito. Sea lícito a quien esto escribe deslizarse una sospecha maliciosa: ¿el favorecido con tal actitud, ya desde sus posteriores alcázares de la gloria, habrá querido darse por enterado de la gesta y habrá practicado el sano gesto del reconocimiento?

Rebajando el tono de las gestas y los gestos, el Mindán solidario nunca negó ayuda a quien, necesitándola, se dejó ayudar. Y lo hizo gratuitamente, sin cálculo ni amago de cobrar después la factura. Tal vez eso resultaba raro en el ambiente de nuestro gremio, tan tribalizado, porque le otorgaba cierta aura de despeggo, de negativa a los alineamientos, que tanto contribuyó a mostrarle como un outsider y que acaso tanto le perjudicó en su carrera junto con su tendencia al apoyo de disidentes. Pero no seguir los usos de tribalización general no arguye demérito, y menos si tal cosa viene realizada por el mérito de haber atendido a cuantos solicitaron ayuda, hasta el punto de que la lista de beneficiados por esa su actitud se prolongaría abrumadoramente.

Durante la década de los cuarenta y gran parte de la siguiente, la vida filosófi-

ca nacional pivotó sobre el Instituto «Luis Vives» del CSIC (con su órgano de expresión que fue la Revista de Filosofía, la más importante con mucho de aquel período) y sobre la entonces muy activa Sociedad Española de Filosofía. Pues bien: sería justo decir que Mindán fue, en buena medida, el alma de esas instituciones, aunque no faltaron intentos para descabalarle de ellas, alguno fundado en reproches tan sólidos como el de ser «cartesiano» impenitente, lo que no deja de constituir pecado gravísimo. El hecho es que Mindán pastoreó allí a una legión de becarios de la que se nutrió abundantemente —en épocas casi fue cantera exclusiva— el plantel de catedráticos, tanto de las Facultades universitarias como de Enseñanza Media. A lo que, en la ejecutoria de Mindán, se ha de añadir todavía aquel otro hogar de forja para docentes filosóficos que fue el Instituto Ramiro de Maeztu. La enumeración de pastoreados por Mindán en tales ámbitos se haría interminable. Desde las primeras oleadas de la posguerra, como la de Ángel González, Rafael Gamba o Antonio Millán, pasando por las subsiguientes, como las de Gustavo Bueno, José Luis Pinillos, Mariano Yela, Carlos París, Constantino Láscaris, José María Valverde, o las de Oswaldo Market, Emilio Lledó o José Barrio, hasta las de quienes se promovieron posteriormente, como la de Pedro Cerezo, cuando ya comenzaba a advertirse el lento declive de aquellas instituciones por la inexorable ampliación del horizonte filosófico del país. Algo más tarde, fue Mindán quien tendió la primera mano a nuestro curso, justo al final de la Licenciatura, mano que por cierto aprovechamos dos de sus integrantes (Helio Carpintero y yo; también se agregaría a la tanda Luis Jiménez Moreno) como ayudantes becarios de su cátedra en el Instituto. Y esa vocación de apoyo se prolongó todavía bastantes años, hasta su defi-

nitiva retirada de la vida pública, como lo atestiguan varias promociones ulteriores, por ejemplo la de Jesús López Cobos, ya bien entrada la década de los sesenta. Quizá produzca sorpresa encontrar aquí el nombre del músico, internacionalmente reputado director de orquesta, pero se ha de recordar que también él procede del gremio filosófico. Quien esto escribe, entonces profesor subalterno de la Facultad de Filosofía de Madrid, le recuerda como alumno allá por el año 1963, con su aire sosegado y circunspecto, su agudeza de mirada y su hermosísima caligrafía de pendolista (verdadero presagio), un tanto ajeno a las refriegas filosóficas, pues tal vez ya entonces se debatía entre las dos posibles rutas para su porvenir. Y también ahí entra Mindán: en enésima muestra de vocación solidaria, le dio cobijo en el Ramiro de Maeztu tras su graduación. Lo relevante del caso es que Mindán asistió a momentos cruciales en la vida del músico, cuando éste hubo de encarar la difícil opción entre proseguir la carrera filosófica o quemar las naves trasladándose a Viena para estudiar dirección de orquesta en la afamada escuela de Hans Swarowsky. Puedo revelar que Mindán dejó brillar una vez más su prestancia porque, lejos de intentar retenerle a todo trance para la incierta causa filosófica, le aconsejó que siguiese honestamente sus inclinaciones más sinceras e incluso le ayudó a encontrar financiación para el traslado. Vistas las cosas *a posteriori* —y mis compañeros de gremio me perdonarán la impertinencia— he de reconocer evangélicamente que también López Cobos «escogió la mejor parte».

Muchas fueron, pues, las facetas de su larga vida (ni siquiera le fue ajena la escopeta de caza, a propósito de la cual debió afrontar un hilarante conflicto con algún vecino atrabiliario). También las hubo de especial amargura, como la que vivió en sus postrimerías, cuando su sem-

piterna dignidad le llevó a testificar, ante las dependencias vaticanas, en cierto proceso de canonización. Como creyente, incluso como sacerdote, pero ante todo como hombre honesto, adujo un cúmulo de hechos integrantes de su privilegiada biografía y que su memoria, en verdad fotográfica e infalible, no podía silenciar aunque fuesen en detrimento de la santidad del candidato. Su testimonio no pareció encontrar en la curia el eco debido, y a la postre sirvió para desatar una indigna campaña detractora contra él por parte de los que tenían intereses en el proceso, campaña que sólo tuvo algún valor entre la tribu de quienes la desataron, pero obviamente no tuvo ninguno fuera de ella, y menos entre los que conocieron su enviable capacidad de recordación.

En medio de la indudable riqueza biográfica de Mindán sobresalen tres referencias principales: la filosofía el sacerdocio y esa otra suerte de sacerdocio laico —al menos él lo vivía así— que es la enseñanza, en particular la docencia filosófica.

Comenzando por la segunda, se ha de decir que Mindán nunca quiso renunciar a su condición sacerdotal, y buenas ocasiones para ello le brindó su larga vida. Eso sí: fue en gran medida sacerdote atípico, *secular* en los más diversos sentidos de esa palabra. No sólo lo fue desde la elemental perspectiva canónica, por no pertenecer al clero regular, sino sobre todo por su exención tanto de melifluidades o gazmoñerías cuanto de disciplinas, dependencias, adscripciones o simples tendencias habituales en el *genus*. Difícilmente cabría imaginar un clérigo de perfil más laico, hasta el punto de que la sensibilidad de quienes le conocimos se resistiría simplemente a caracterizarle como «clérigo». Pero tampoco quiero dar aquí una impresión falsa al respecto: no se trata de que Mindán mostrara despego frente a su condición sacer-

dotal, o que algo hiciese por ocultarla, o siquiera por menoscabarla; como tampoco —en el otro extremo— por ensalzarla con insistencias, unciones o empalagos. Ciertamente no se recataba de aludir a ella, pero siempre con entera naturalidad, incluso con una punta de frialdad, como quien menciona un hecho de lo más neutro, tomándola con el respeto y la coherencia debidos a una opción libérrimamente adoptada en el pretérito, algo así como un destino que se acepta sin quiebra interna. Y, en especial, sin pérdida de autonomía. Es de suponer que algún vínculo jerárquico oficial le subordinase a las autoridades eclesiales, pero no es menos cierto que tal subordinación se hurtaba a la vista, pues los hechos siempre nos mostraron en los obispos un gran respeto por su autonomía y una cuidada precaución ante su indudable personalidad e importante posición. Si se prefiere, dígame en paladino: siempre hemos visto a Mindán *muy suelto* de ataduras eclesiásticas.

El sacerdocio, por otra parte, nunca fue una carga para la conciencia de Mindán. Tal vez lo vivió filosóficamente o tamizado por la filosofía, esto es, sin merma en su independencia de espíritu, y por eso más arriba nos hemos aventurado a situarlo en el segundo lugar de sus referencias vitales, tras aquella. Sin duda tal observación es arriesgada y cae dentro del ámbito de mis apreciaciones subjetivas, pero aun así me permito expresarla en atención a cuanto pudiera ilustrar sobre su figura. La vocación filosófica de Mindán tuvo siempre un cariz exquisitamente laico, ya desde los años que completaron su formación en la Facultad del Madrid republicano... o quizá justo por eso. Lejos de tomar los dogmas de fe como presupuestos para la reflexión filosófica, era más dado a señalar en fuentes religiosas, particularmente en los materiales evangélicos, el punto de llegada, de

coincidencia o de simple ilustración para filosofemas cobrados con anterioridad. Cabe ejemplificar esta actitud mediante algunos de sus temas predilectos, verbigracia los propios de la Teoría del Conocimiento, como el muy querido de la verdad y su síntesis final apelando a la máxima evangélica «*La verdad os hará libres*», que él recuperaba bajo una perspectiva más gnoseológica que meramente teológica.

El clima que Mindán imprimía en su reflexión era —permítaseme decirlo así— de aspecto lovaniense, friburgués o muniqués (el libro de apoyo que nos recomendaba en el curso universitario, el de J. De Vries, incluso lo era literalmente). Y esto ya constituía todo un signo de apertura para aquellos tiempos, pues esos centros llevaban un siglo largo desmarcándose de la tradición más recalcitrante para abrirse a las nuevas corrientes. En este sentido, el talante crítico de Mindán hacía honor al apellido de *Crítica* con que figuraba en el plan de estudios la asignatura que nos impartía. No puedo menos de recordar el énfasis con que abordaba la defensa del realismo crítico frente a las posturas tradicionalistas del llamado «realismo metódico», cuya prosapia gilsoniana no ocultaba las insuficiencias. Sigo concediendo la razón a Mindán y afines, pues el tal realismo metódico no pasaba de ser una actitud ingenua, parecida a la de los niños que sólo se tapan el rostro para esconderse de los demás. Mindán no se ahorra argumentos contra los escolásticos recalcitrantes, partidarios de dar por supuesta la estricta correspondencia de la realidad exterior con nuestras representaciones (colores incluidos). Su énfasis quedaba remachado por un argumento *ad hominem*: «son justo ellos quienes están menos informados y más alejados de la ciencia contemporánea». Rasgos como éste son reveladores, porque delatan al maestro indicando un camino.

Mas tampoco era Mindán un iconoclasta gratuito. Aunque lo suyo era alentar la apertura y el cultivo de lo nuevo, conservaba respeto y agradecimiento hacia su más temprana formación. Eso asomaba explícitamente algunas veces, como cuando alguien se dolía ante él de tener que ceñirse a los estrechos marcos programáticos de la filosofía perenne (no sólo a propósito de ciertas disciplinas universitarias sino también en la docencia del Bachillerato, donde eran imposición oficial). «Ya que no tenéis más remedio que acatarlos, no los despreciéis» —contestaba—, «aprovechadlos como ejercicio formativo y punto de partida para empresas mayores que seguiréis después». Se sobreentendía, naturalmente, que lo definitivo eran estas últimas, a las que incitaba sin miedo a cultivar recelos o resquemores de otros colegas.

Mi cometido aquí es componer, hasta donde lleguen mis posibilidades, algo parecido a lo que los antiguos llamaban *funeris laudatio*, y esto no incluye pretensiones historiográficas o eruditas, por lo que no me extenderé en estudios pormenorizados sobre la obra filosófica de Mindán, que abarca desde su importante contribución a la historia del pensamiento español con el libro sobre Andrés Piquer<sup>1</sup> hasta su muy apreciado y difundido manual de historia del pensamiento<sup>2</sup>, pasando por sus numerosos trabajos sobre la verdad y otros temas gnoseológicos, o sobre la persona o la libertad, que también fueron temas predilectos. Y no lo haré, ante todo, porque es cosa ya hecha a satisfacción en trabajos de otros estudiosos sobre el asunto, en especial el muy solvente de Antonio Jiménez García<sup>3</sup>, que bien pudiera haber suplantado la presente nota necrológica a falta de un solo dato, el fallecimiento de Mindán, entonces todavía lejano. Me limitaré a añadir una simple pincelada emocional, como es propio del caso, señalando un ar-

tículo en el que Mindán recorre el itinerario intelectual de San Agustín y su esfuerzo por llegar a la verdad<sup>4</sup>. No ha obtenido expresa distinción dentro de los numerosos trabajos de Mindán, y tal vez no la merezca de suyo, pero yo quiero ahora destacarlo porque creo ver en él cierta unción, ciertos atisbos de identificación pasional con los azares del obispo de Hipona, que algo pudieran ilustrar sobre la personalidad de quien lo escribió.

Por otra parte, la enseñanza de la Filosofía era uno de los puntos excelsos de Mindán, y de hecho siempre se le reconoció como uno de los arquetipos de docencia filosófica, lo que en otro lugar me llevó a reivindicar su rango de maestro, abominando de la máxima que en tiempos circulaba entre nuestros congéneres, máxima en verdad petulante e ingrata, según la cual «fuimos una generación sin maestros».

Aquel curso universitario de teoría del conocimiento, que nos llegaba ya en la adultez de nuestro último año de carrera, dejó en nosotros beneficiosa huella. Parte de la tarea era un recorrido por las cumbres del pensamiento, pero además cada uno de nosotros debía pasarse largo tiempo investigando una de ellas para rendir cuentas en público, expuesto al tiroteo de sus compañeros y, sobre todo, del profesor, que en tales ocasiones ejercía de abogado del diablo. No porque fuera intransigente con las tesis o contenidos que le disgustaran, sino porque buscaba implacablemente los hiatos y las insuficiencias de nuestra argumentación aun cuando estuviera conforme con aquéllos. Eso tenía alto valor formativo, quizá un tanto inédito: ya diré que otra de las querencias magistrales de Mindán era inculcarnos cierto desdoblamiento, la preocupación no sólo por lo que nosotros vemos en las cuestiones, sino por cómo se nos ve a nosotros mismos desde fuera al abordarlas. Respecto de los contenidos o las tesis o las

tendencias filosóficas de cada cual, Mindán siempre fue sorprendentemente respetuoso. A veces lo era incomprensiblemente, en los casos, no raros en nuestro gremio, de notorios extravíos o empeños peregrinos cuando no disparatados; en vez de fulminarlos o disuadirlos duramente, sorprendía ver a Mindán acogiéndolos con una suave sonrisa en la que cabía rastrear un brillo de sorna, como pensando en su recámara que nunca se sabe dónde podrá saltar el éxito. Quizá por ello jamás cortó las alas a nadie, y todos encontraban aliento en él... se me antoja que demasiado distributivamente, pues la diferencia entre los proyectos importantes frente a los que no lo son tanto quedaba bastante reducida a la hora de recibir los respectivos estímulos. De cualquier forma, había en todo aquello una clara incitación al saber como ejercicio, lo que delata al verdadero maestro.

Me quedan de aquel curso un bagaje de perspectivas filosóficas, una práctica formativa y una vieja familiaridad con David Hume que me ha ahorrado aprietos posteriores. Pero lo que más he valorado de aquel curso fue, si cabe, el cariz de la asignatura. Acaso por su genealogía gausiana, moretiana y orteguiana, Mindán era buen exponente del *Zu den Sachen selbst!* No se perdía en rodeos académicos, fuesen devaneos eruditos o quisicosas hermenéuticas. Iba derecho a los problemas, que en esta área del conocimiento son de los más grandes y arduos con que ha de habérselas el filosofar. Son problemas que tal vez nunca encuentren solución definitiva (de ahí que N. Hartmann los llamara «metafísicos») pero no por eso impiden ser tratados; más bien al contrario, resulta inevitable tratarlos en la forma de un progresivo decantamiento o de una cada vez más rigurosa formulación. Desde el problema de la verdad o la justificación de la realidad exterior hasta la causalidad, allí se tematizaba y problematizaba. Yo, que soy no diré rabiosa-

mente pero sí acendradamente temático, poco amigo de fútiles alienaciones academicistas de mero interés intragremial, mucho aprecié aquellos enfoques.

A la postre, tuvo que dejar la Facultad. Pero no fue el fin. Siguió ejerciendo el magisterio desde Escuelas de Ingenieros, el CEU y, sobre todo, su entrañable Ramiro de Maeztu, donde tantísimas generaciones de profesores tuteló y consagró. Allí, en el ejercicio de la docencia filosófica la figura de Mindán se agigantaba, no en vano pasaba por ser una de las máximas autoridades de la didáctica de la Filosofía, hasta el punto de que sus breves trabajos al respecto fueron sañudamente buscados y saqueados durante generaciones por los sufridos opositores a plazas de Enseñanza Media. Él asistía a nuestras prácticas con la misma atención y el mismo talante crítico implacable de la Universidad. Cuando diseccionaba nuestras intervenciones, aunque su perspectiva fuera elevada como la del águila, fingía situarse a ras del suelo, como el más ingenuo de los alumnos, desconcertándonos con observaciones aplicadas al caso que terminaban plasmadas en reglas difíciles de olvidar: «no intentéis enseñar más de lo que sabéis; se os notará», «si aplastáis a los alumnos con derroches de erudición, quedarán asombrados de lo mucho que sabe su profesor, pero no habrán entendido gran cosa y vuestra clase no habrá surtido el menor efecto», etc... Aquello era magisterio de excelencia y, acaso insólitamente, de inmediata utilidad práctica. Por no hablar ya de su libro sobre la historia del pensamiento, espléndido e insuperado, todavía hoy en manos de los profesores perspicaces como base y referencia.

No quisiera poner fin a estas líneas sin un breve apunte en torno a la figura de Mindán, pero no tanto viéndole en relación con su circunstancia, tal como hemos venido haciendo hasta aquí, sino in-

tentando esbozar el perfil de su yo. Dicho de manera más trivial: esbozando un retrato de urgencia que pudiera responder a la pregunta de cómo era Mindán.

Yo le conocí en las postrimerías de la década de los cincuenta, presidiendo el tribunal ante el que afrontábamos el tremendo examen oral en Lógica de tercer curso. Aquella impresión originaria que me produjo (de respeto un tanto imponente, pero sin exhibiciones autoritarias ni veleidades, y hasta con un tenue asomo de afabilidad) prevaleció en mí hasta hoy mismo, sin mudar un ápice, tras el provechoso curso de teoría del conocimiento que nos impartió en el último año de carrera (sería asimismo su último año de ayudante suyo en el Ramiro de Maeztu, tras tantas y tantas peripecias posteriores en torno al Instituto Luis Vives del CSIC o a la malhadada Sociedad Española de Filosofía, tras el amplio trato de tono *pianissimo*, como diría Weber, propio de la edad avanzada, etcétera. Vi siempre en él una fuerza especial, que paradójicamente imponía sin voluntad expresa de imponer. Creo que, como persona, su mejor descripción procede del recordado José Barrio, que consideraba a Mindán un *numen*. Cierto: una fuerza de la naturaleza que, aun sin estar presente, siempre se presentía. Esto era particularmente notorio en el Ramiro de Maeztu; no había allí coacción gratuita, ni gritos, ni regañinas desaforadas; tanto allí como en los otros ambientes y contextos donde nos relacionamos, bastaba el presentimiento de Mindán para que todos supieran cuál debía ser su conducta. Como si Mindán fuera —digámoslo ya— la encarnación u objetivación de la rectitud, tal vez la hipótesis de la conciencia moral hecha por ese hombre mítico que todos llevamos dentro.

Se postula para cada fenómeno una explicación, y éste también ha de tenerla.

Yo la hallo en que se trataba, ante todo, de una fuerza racional y siempre razonada, que no permitía escapatoria ni presentaba resquicios de veleidad. Esto saltaba a la vista cuando reprendía: lo hacía enérgicamente y el reprendido quedaba inerte, pero no abrumado por desmesuras en la voz o miedo a amenazas, sino porque la reprimenda venía siempre articulada con una argumentación precisa y sencilla que haría vergonzosa toda réplica. Lo mismo ocurría cuando daba consejo a quien se lo pidiera (nunca me pareció un aconsejador impertinente). O, sin más, cuando explicaba en sus clases; o cuando preguntaba a los alumnos y entablaba diálogo filosófico con ellos, cosa que de ordinario ocupaba una porción de aquellas. Decir que era el mismísimo sentido común no resultaría inexacto, pero en cierto modo le menoscaba, pues su racionalidad no se reducía a una sensatez roma o trivial. Era más que eso: la fuerza de la razón bien administrada, exenta tanto de cortedad como de delirios racionalistas.

En consonancia con lo anterior, y aunque parezca rebuscamiento, siempre me sorprendió en Mindán su escasisima proclividad a las veleidades. Esto le distinguía de gran número de sus colegas, entre los cuales florecía el personajillo muy dado al capricho y muy pendiente de llamar la atención desconcertando al aprendiz. No iba eso con Mindán. Su adulta sabiduría de la vida le libraba de tan pueril vanidad. Un indicio: quien recibió en préstamo algún libro de su biblioteca se habrá visto iluminado por el *ex libris*, donde reza esta abreviatura de una sabia máxima ovidiana: «*bene vixit qui tiene latuit*». Él la practicaba hasta donde le fuese posible. Era, además, austero, pero de una austeridad bien entendida, rehuyendo alharacas y alardes sin complacerse en miserias (lo que no es sino otra clase de alardeo).

Pero he de prevenir la errónea impresión que pudiera desprenderse de las lí-



neas anteriores. Parecería ahí retratado un personaje imponente y adusto, de dura y descarnada racionalidad, escualidamente austero, un tanto huraño, enemigo del disfrute, deshumanizado y hasta una pizca truculento (por aquello del *numen*). Nada de eso. Su gusto por la buena vida nunca nos pasó inadvertido. Claro está, y a tenor de lo dicho antes, lo ejercía siempre con perspicacia, lejos de demasías y ostentaciones que pudieran hacerlo incómodo. Su saber vivir, auténtica sabiduría, sería suscrito por el Epicuro más certero, el de los placeres puros, el del placer con medida y con la mínima mezcla posible de fastidio.

Era, por ejemplo, un gran conversador. Se recreaba —y nos recreaba— con sustanciosas tertulias de muchas horas, en las que nuestras urgencias quedaban con gusto aplazadas por el interés, nunca defraudado, de escucharle alguna información desconocida, o mal conocida, extraída de una experiencia y una memoria prácticamente inagotables. No puedo olvidar las muestras de sibaritismo comedido que desplegaba ante sus invitados en aquel recóndito refectorio de la planta baja del internado, con su lámpara holandesa, sus cuadros y su ambiente acogedor. Allí se nos ofrecían menús sencillos pero exquisitos, confeccionados siguiendo sus propias instrucciones, que solían terminar con un doble ritual: la presencia del cocinero para recabar su juicio y... algo que merece comentario expreso por su gran valor de prueba. Mindán (disfraces de anarco aparte) no fue fumador; pero en aquellas ocasiones sacaba una impecable pitillera, donde los cigarrillos venían emparedados entre dos placas de papel secante húmedo a fin de que permanecieran en estado óptimo para su consumo, y los consumidores eran todos, él incluido, pues no había razones para privarse de ese pequeño e inofensivo —por mesurado— placer como remate de una reunión pla-

centera. Todos estos detalles se quedaban impresos en quienes entonces comenzábamos a despuntar, abriéndonos a un cierto estilo o actitud ante la vida, lo que no deja de ser una de tantas formas de magisterio hoy lamentablemente en desuso.

No le hace justicia, pues, la imagen de personaje frío, seco y distante. Quien la retenga busque las razones en sí mismo, no en Mindán, porque ese retrato dista de ser fiel. Nunca he visto que Mindán se negara al trato, ni aun al de sus peores enemigos. Eso sí: con cierta afabilidad contenida —como todo lo suyo— y muy lejos de la untuosidad del confianzudo. Los límites de la intimidad siempre los decidía el interlocutor, nunca él, aunque no dejara de interesarse por cuanto se le decía. Y por añadidura no era amigo de crear conflictos. Recuerdo nuestra comida de fin de carrera, donde uno de aquellos personajillos del mundo académico, uno de tantos sin fundamento, pretendió ironizar a su costa; en vez de entrar al trapo, la seriedad de Mindán, olímpico y señorial, fue réplica idónea.

Tantas y tantas facetas, tantos admirables lances y peculiaridades como los que hemos ido espigando, me permiten decir —sé que tal observación no le haría feliz— que fue Mindán uno de los reducidísimos puntos de contacto entre las dos Españas, salvando lo mejor de cada una y desechando lo que tuvieron de malo, o de pésimo, pues mucho de esto hubo en ambas, tanto en la lamentable España derrotada como en la tan lamentable que venció y prevaleció durante cuatro décadas. Mindán tuvo el privilegio de ver mucho y vivir mucho, con abundancia de frutos que hoy perduran entre quienes vinimos detrás, también por ello privilegiados. Así pues, nada más justo que concluir entonando el tópico «¡Descanse en paz!»

Madrid, febrero de 2007

NOTAS

<sup>1</sup> Andrés Piquer. *Filosofía y medicina en la España del siglo XVIII*, Zaragoza, Soc. Coop. de Artes Gráficas Librería General, 1991.

<sup>2</sup> *Historia de la Filosofía y de las Ciencias*, Salamanca, Anaya, 1964, que posteriormente, en su octava edición de 1970, fue reformada y ampliada.

<sup>3</sup> «Vida y obra de Manuel Mindán Manero: sacerdote, profesor y filósofo», en *Revista de Hispanismo Filosófico*, 8 (2003), 19-38.

<sup>4</sup> «El afán de verdad en San Agustín», inicialmente una Comunicación a los Coloquios Agustinos celebrados en Zaragoza del 3 al 6 de octubre de 1955, recibió pronta publicación en la *Revista de Filosofía* del CSIC (núm. 52, 1955) y vino reeditado íntegramente en el último tomo de *Memorias (Mi vida vista desde los cien años. Tercer tomo de Testigo de Noventa años de Historia*, Zaragoza, 2004, pp. 89-105).

Cien años de veracidad \*

JAVIER MUGUERZA  
UNED, Madrid

El primer tramo de mi ya larga relación con el padre Mindán discurrió entre finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta del siglo pasado —si no resulta raro referirse en esos términos al aún tan cercano siglo XX—, años que enmarcarían mi etapa de estudiante en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central de Madrid, hoy mal llamada Complutense. Antes de tenerle como profesor de *Metafísica Crítica*, rótulo harto pomposo bajo el que el anacrónico plan de estudios de aquella Facultad paleoescolástica designaba a la asignatura más usualmente conocida como Teoría del Conocimiento, tomé contacto con él a la hora de examinarme de la de Lógica, examen que en dicha ocasión corría a su cargo por hallarse de baja el catedrático titular de la materia. Imposibilitado como lo había estado de acudir a las clases de ese curso —acababa de pasar casi un año alojado por cuenta del Estado en la cárcel de Carabanchel, suceso nada insólito en los ambientes estudiantiles de la épo-

ca—, me presenté a semejante prueba en el desvalido cupo de los alumnos de libre matriculación, lo que implicaba someterse a un largo y duro interrogatorio oral sin otras reglas de juego que la voluntad omnipotente del examinador de turno, quien podía preguntar lo que quisiera sobre lo divino y lo humano a su indefensa presa.

Para mi sorpresa, aquel sacerdote de aspecto severo y mirada tan inquisitiva como socarrona no aludió ni por asomo a los capítulos de lógica de los *Elementa philosophiae aristotelicothomisticae* del P. Josephus Gredt O.S.B., el bodrio que oficiaba como texto de la asignatura, y pasó a preguntarme sin más preámbulos qué libros había leído por mi cuenta que tuvieran que ver de lejos o de cerca con esta última. Y al mencionarle entre ellos las *Investigaciones lógicas* de Husserl, me acabó embarcando en un concienzudo repaso de su primer volumen —«Prolegómenos a la lógica pura»— que culmina, como es sabido, con la crítica husser-

\* Texto publicado en el Libro homenaje a D. Manuel Mindán Manero en su centenario, Madrid, 2002, pp. 61-66.

liana del psicologismo. El examen devino una conversación de casi una hora, en el curso de la cual salió naturalmente a relucir la excelente traducción castellana de dicha obra debida a Manuel García Morente y José Gaos, enterándome por mi interlocutor entre otras cosas de que el segundo, de quien nadie salvo José Luis Aranguren me había hablado en aquel recinto, dedicó en 1928 su tesis doctoral a *La crítica del psicologismo en Husserl*.

El mismo manto de silencio que cubría a Gaos se extendía a Ortega o a Zubiri, pues la comparación con lo que debía de haber sido la legendaria Facultad de Filosofía anterior a la guerra civil de 1936 resultaba intolerablemente desfavorable para con su decaída situación en la postguerra. E incluso cuando se hablaba de García Morente, para nada era mencionado el célebre plan de estudios que llevara su nombre en los años veinte y treinta, sino tan sólo se tenían en cuenta las circunstancias de su conversión religiosa y su ulterior ordenación sacerdotal en los cuarenta. En cuanto a Gaos, el grado de su proscripción era aún mayor que en los casos de Ortega, fallecido al cabo de una década de su definitivo retorno a España, o de Zubiri, cuyos cursos extrauniversitarios estaban en boca de todo el mundo intelectual del Madrid de mediados de siglo. Y lo único que se sabía de él, si es que algo se sabía, venía dado por la noticia semiclandestina de su instalación en México y de su gran prestigio entre las muy nutridas filas de nuestro exilio filosófico americano, un capítulo más de lo que por entonces se consideraba la Anti-España. Como pude comprobar al pasar a ser su alumno, el padre Mindán no se atendería a esa consigna de interdicción que pesaba sobre la figura de Gaos en la Facultad de Filosofía en la que estudié, y sin hacer alarde de ello, cosa que su natural discreción le habría vedado, declararíase sin ambages haberle tenido por

maestro cuandoquiera que se le presentó ocasión de reconocerlo así.

Para su desgracia, y sobre todo la de sus alumnos, tales demostraciones de lealtad llegaron a oídos del propio Gaos, quien tuvo la malhadada ocurrencia de agradecerse las públicamente. En sus *Confesiones profesionales* de 1958, José Gaos, en efecto, escribiría sobre él estas fatales palabras desde México: «Emoción me causó leer... una información de España en la que Manuel Mindán, en la actualidad el único profesor de Filosofía de la Facultad de Madrid que por mis noticias cuenta intelectualmente para los estudiantes, no reniega, sino todo lo contrario, a pesar de las circunstancias, de su antiguo profesor de Zaragoza, cuando él no era más que un joven seminarista afanoso de salir a otros horizontes filosóficos... pero tan prometedor que, al tener que dejar Zaragoza por Madrid, propuse a la Universidad, y ésta aceptó, que se encargara de mis cursos». Aun si con el obligado retraso, dada la incomunicación reinante desde 1939 entre los filósofos españoles de uno y otro lado del Atlántico, el texto de Gaos acabó siendo conocido por los colegas del padre Mindán que detentaban a la sazón la autoridad académica en la Casa, los cuales se apresuraron a cesarle para siempre jamás en sus funciones docentes universitarias, deparándome a mí, junto con otros compañeros, la oportunidad de firmar el primer escrito de protesta de mi vida, género éste literario que habría de cultivar en adelante con una cierta insistencia a todo lo largo de ella.

A raíz de aquellos acontecimientos, quedó anudada entre nosotros una sólida relación de amistad de la que asimismo participaría mi mujer, quien al igual que yo había asistido a sus clases como alumna. El padre Mindán era un aragonés recio y seco, mas cuya sobriedad no le impedía ser cálidamente afectuoso con sus

amigos. Sin embargo, este segundo tramo de nuestra relación, con mucho el más extenso en el tiempo, no pudo ser infortunadamente el más intenso.

A mediados de los sesenta, también yo hube de abandonar la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, en solidaridad esta vez con Aranguren, con el que había comenzado a practicar como profesor ayudante poco antes de que le separasen de su cátedra de Ética. Y, a partir de ahí, anduve trabajando a salto de mata en otras Facultades de aquella Universidad, como la de Ciencias Políticas y Económicas, o en la nueva Facultad de Filosofía de la recién creada Universidad Autónoma de Cantoblanco, donde sólo muchos años más tarde supe cuánto debía mi contratación a los buenos oficios del padre Mindán, que me prestó su apoyo siempre que pudo sin yo pedírselo ni siquiera enterarme, como ocurriría en este caso, de que había contado con él. Durante un trecho de esos años, le frecuenté en su calidad de Secretario del Instituto Luis Vives de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas bajo la bonancible dirección del P. Zaragüeta, uno de los períodos de mejor recuerdo de aquella institución no siempre memorable. Y también por los mismos años llegué a colaborar alguna vez en la *Revista Española de Filosofía*, que editaba y prácticamente confeccionaba él solo con gran precariedad de medios y resultados más que dignos para aquellos momentos. Pero a comienzos de los setenta obtuve una cátedra de Ética en la Universidad de La Laguna, marchándome a Canarias para no regresar a la península hasta después de muerto Franco. Con el final de la dictadura y la restauración de la democracia, recuperé mi pasaporte, del que me había visto privado por espacio de casi cuatro lustros, y con él las ganas de viajar y desquitarme. Pasé, entre otras, dos largas temporadas en América, tanto del

Norte como del Centro y del Sur, y todo ello interrumpió la relativa asiduidad con que la vida de Madrid me permitía, pese a su creciente agobio, encontrarme con el padre Mindán. Pero en mis viajes por Iberoamérica, y de manera muy especial en mis visitas a México, me acordaría mucho de él al comprobar la extraordinaria labor allí desarrollada por nuestros filósofos exiliados, con Gaos naturalmente a su cabeza.

Ya de vuelta en Madrid hacia mediados de los ochenta como catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, una serie de circunstancias fortuitas me llevarían a retomar y estrechar más que nunca el contacto con el padre Mindán en lo que cabría llamar ahora el tercer tramo, el actual, de nuestra relación. Tras su gobierno a cargo de Zaragüeta y de Mindán, caracterizado por el talante liberal y la voluntad integradora de ambos, el antes mencionado Instituto Luis Vives —en otras manos y con otra orientación, o más bien falto de ella— entró en una fase de progresiva decadencia que le llevó a ganarse a pulso el popular apelativo de «Luis Mueres» y condujo un buen día a su desaparición. Refundado como Instituto de Filosofía del CSIC durante la presidencia de este último organismo por parte del Prof. Enric Trillas, su Patronato me ofreció encargarme de la dirección del mismo, encargo que sólo acepté a título provisional y como director en funciones con el fin de ayudar a ponerlo en marcha, tras de lo cual regresaría, como así lo hice, a mi Departamento de la UNED. Como no podía haber ocurrido de otro modo, el Instituto vio desde sus inicios en el padre Mindán a «un precursor» de su nueva andadura y le asoció a cuantos actos tuvo éste a bien honrar con su presencia, desde los más íntimos —así, las celebraciones de fin de año— a los más solemnes, como las anuales Conferencias Aranguren impartidas en la Re-

sidencia de Estudiantes. Y el padre Mindán, en fin, se ha convertido en alguien unánimemente respetado y querido para cuantos trabajan en él, desde los más veteranos investigadores a los más jóvenes becarios, pasando por el personal administrativo, entre cuyos miembros no faltaba algún conocido suyo de otros tiempos.

Una de las más empeñosas señas de identidad del Instituto fue en todo momento su voluntad iberoamericanista, traducida en obras como la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* —que se aproxima ya a los treinta volúmenes publicados y congrega al conjunto de los filósofos de lenguas española y portuguesa—, así como en la organización de una serie de Congresos intercontinentales de Filosofía que están contribuyendo decisivamente a materializar el sueño gaosiano de la constitución de una comunidad filosófica iberoamericana, legado que adeudamos a nuestros filósofos exiliados. Para muchos ilustres discípulos transoceánicos de Gaos que han asistido a esos u otros Congresos, desde Fernando Salmerón o Luis Villoro a Andrés Lira o Antonio Ziriñ, siempre supuso un deber realmente grato acudir a saludar al padre Mindán, el más antiguo de los discípulos del maestro común y desde luego el más eminente de entre los peninsulares. He sido así testigo, cuando no he servido a veces de vehículo, de la entrega a Mindán de los sucesivos ejemplares de las voluminosas *Obras completas de José Gaos* —incluidas, entre ellas, las tres *opera magna* representadas por los títulos *De la filosofía*, *Del hombre* e *Historia de nuestra idea del mundo*—, así como de su cesión a los editores de las mismas del texto mecanografiado de la tesis doctoral que citaba yo al comienzo de estas líneas, con destino a su inclusión en el volumen de *Escritos españoles* del autor. Atraídos por su mítica fama, también han saludado al padre Mindán en mi pre-

sencia los últimos representantes del exilio filosófico en América, como Adolfo Sánchez Vázquez o Ramón Xirau. Y con todos ellos y otros discípulos de pensadores españoles exiliados —el caso de la profesora mexicana Juliana González o del profesor argentino Ezequiel de Olaso, respectivamente discípulos de Eduardo Nicol y de José Ferrater Mora— pude reunirle en un curso de verano en El Escorial, dedicado a *La recuperación del exilio filosófico español de 1939*, al que no faltó José Luis Abellán, discípulo del propio padre Mindán y pionero en la tarea de dicha recuperación.

La admirable memoria del padre Mindán y sus no menos admirables dotes como conversador le convirtieron en la estrella de la reunión, que se prolongaría diariamente por las noches en el jardín del hotel en que nos alojábamos, llevándole a evocar pasajes de su vida tales como su amistad de la infancia con Luis Buñuel, otro exiliado andando el tiempo; o sus años del Seminario en compañía de José María Escriba Albás, más conocido como monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, de cuyo retrato por parte de Mindán emergía un personaje un tanto ridículo y no demasiado edificante —ya retratado por él en su libro *Testigo de noventa años de historia* y coincidente con la impresión que a mí personalmente me produjo la lectura de *Camino* (cuando escribo no se ha consumado todavía su ya inminente canonización: no creo que ésta obligue a nadie a revisar su idea del personaje, aunque quizás sí que le obligue a revisar su idea de la santidad)—; o la última clase de Ortega en la Universidad de Madrid al final del curso académico 1935-1936, cuando ya se ventaba la tragedia que estaba a punto de abatirse sobre nuestro país.

En relación con la segunda de esas evocaciones, acabo de leer los días pasados el texto de un artículo remitido por el padre Mindán al *Heraldo de Aragón*, en

el que se refuta la acusación de inveraz de que le hizo objeto el autor de una reciente hagiografía del Monseñor, reprochándole hablar mal de éste sin haberle tratado.

Si Mindán no se bastara y se sobrara para defenderse, como el citado artículo lo demuestra, yo le advertiría al hagiógrafo que hay que pensárselo dos veces antes de poner en duda la veracidad de nuestro padre. Y, para realzar la convicción que tengo de esta última, aduciría la anécdota siguiente: en la primera redacción de su colaboración «El magisterio de Gaos en España» al libro *En torno a José Gaos* editado por Teresa Rodríguez de Lecea, el padre Mindán se dejaba atormentar en un párrafo por la duda de si su maestro había hecho —como Rector de la Universidad de Madrid en los comienzos de la guerra civil— todo cuanto estaba en su mano por salvar a su entrañable amigo Manuel García Morente de la depuración política del profesorado a la que hubo de verse injustamente sometido. Y, como se le hiciera ver que aquella duda ya la había expresado por escrito en otra parte y no era muy oportuno reproducirla en un libro de homenaje, respondería que a nadie había venerado tanto como a Gaos pero que todavía era mayor su veneración por la verdad, de suerte que sólo accedió a retirar el párrafo de marras en atención a Ángeles Gaos, la hija de su maestro, que asimismo colaboraba en el volumen.

Un hombre que obra tan cabalmente es incapaz de traicionar a sus recuerdos, así se refieran éstos a Monseñor Escrivá o al mismísimo Papa de Roma. Mas como sé de la sinceridad de su tormento en relación con el lamentable episodio de la depuración de García Morente, quisiera echar mi cuarto a espadas en defensa de la integridad de Gaos. Cosa que hago a sabiendas de que pocos regalos de cumpleaños podrían agradar tanto al padre Mindán como una prueba fehaciente de la inocencia de Gaos en este asunto.

He aquí, pues, la carta de García Morente a Ortega del 4 de octubre de 1936, enviada por aquél desde París a Grenoble donde su destinatario se hallaba y reproducida por el hijo de éste, José Ortega Spottorno, en su obra *Los Ortega* (Madrid, 2002, pp. 218-19): «Querido Pepe: Hace tres o cuatro días que me encuentro en París. Al fin tuve que huir del infierno madrileño. No sé si sabe usted que mataron a mi yerno. Mi pobre hijita se ha quedado viuda, a los veinte y dos años, con dos hijos de quince y tres meses... A mediados de septiembre, el ministro de Instrucción Pública nombró una comisión para depurar al profesorado universitario. La comisión se componía de cuatro catedráticos y diez estudiantes. Entre los catedráticos estaba Pepe Gaos. Inmediatamente se habló de mí y los estudiantes pidieron mi destitución de catedrático junto con otros muchos... Pepe Gaos me defendió bravamente; pero no encontró el apoyo de nadie y la tensión llegó al punto de amenazarle los estudiantes con una acusación por contrarrevolucionario, fundándose en que me defendía... Luego me avisó secretamente Besteiro de que me marchara enseguida, pues sabía que mi vida estaba en peligro; al parecer —como luego supe— los estudiantes, temiendo que el Ministerio no aceptase su propuesta de dejarme cesante, habían resuelto provocar mi muerte. Enseguida tomé mis precauciones y por Bernardo Giner conseguí pasaporte y salvoconducto. He dejado a mis hijas al cuidado de mi cuñado el notario y pude al fin salir de Madrid el sábado 26 por la noche...».

Terribles días aquellos de locura colectiva —asendereados los pocos que aún se mantenían cuerdos a merced de la furia desatada por los *hunos* y los *hotros* de que hablara Unamuno—, pero no encuentro mejor manera que la cita de esa carta, mi querido padre Mindán, para homenajearle por sus cien años de veracidad.